Cansancio de Ilustración: Idealismo e Informática.

Félix Duque

Érase una vez una época tan ambiciosa que se propuso como objetivo, nada menos, la reconciliación plena, *in crescendo*, entre razón y sensibilidad, Estado de Derecho y Pueblo de la Nación, tiempo histórico y ecúmene geográfica; y, en fin: libertad y naturaleza. Nacimiento de la Modernidad, en cuanto corte brusco y subitáneo con el orden anterior, a través del dominio de la naturaleza exterior mediante la técnica maquinista (de ahí la *Encyclopédie*), de la naturaleza humana mediante la creación de dispositivos heterotópicos de reparación de cuerpos (conversión de la medicina en Servicio de Sanidad Pública: casas de baño y hospitales) y de modelación de conductas (Escuelas laicas, correccionales, cárceles, manicomios); y en fin, de técnicas de modelación del cuerpo social interno (la Sociología) y externo (la Etnología y la Antropología). Eso fue, o quiso ser, la Ilustración, aceleradamente implantada mediante la Revolución; a saber: *una fábrica de producción de individuos*,idealmenteliberados de toda particularidad no sujeta a la utilidad pública y a la pervivencia y fomento del Estado.

Al efecto, la consecución del objetivo ilustrado pasaba desde luego por la dominación plena de lo *naturalmente real* (la sensibilidad, el pueblo, la geografía física: la naturaleza, en fin), y su subordinación a lo *lógicamente ideal* (la razón, el Estado, la Historia; y en suma: la Libertad del Hombre, esa invención reciente).

La consigna era tan clara como autorreferencial: *A la* *emancipación del hombre por el hombre mismo*. Pero, puesto que el hombre habría de ser liberado por el hombre, no pudo dejar de reproducirse en su interior, paradójicamente, la misma escisión que la Ilustración pretendía suturar, a saber: la división -en definitiva, insalvable- dentro del concepto “Hombre”, entre el “yo” empírico, inmediatamente presente a uno mismo y a los demás, y el “yo” lógico-trascendental (la unidad de medida y reconducción de todo conocimiento), que encima *debería* coincidir *en el acto* con el *ego noumenon* (el ser libre y autónomo, paradigma del quehacer político). ¡Tres “Yoes” para el mismo Hombre! Una rotura, ésta, de poco fuste, como para ser faro y seña de la Ilustración. Y ello, por no hablar del “yo” socializado, desgarrado como estaba, por un lado, en el comerciante *burgués*, insaciable buscador de beneficio a costa de todo y de todos, y por otro en el buen *ciudadano* estatal, probo cumplidor de las leyes y temeroso de la autoridad.

Éste y otros defectos capitales del programa ilustrado son los que llevaron a algunos de sus más ilustres representantes iniciales, como Hölderlin y Schelling, a denostar ulteriormente la propia época como “deslustración” (*Ausklärung*, en vez de *Aufklärung*), proponiendo al respecto correctivos fundamentales al programa: Schelling, reconociendo no sin temor un resto irreductible en el seno de la propia divinidad: el Fondo o *Grund*,la *Naturaleza en Dios*; Hölderlin, sacando a la sombría luz hespérica lo *aórgico*, lo no susceptible de conciliación alguna: el *abismo*, al cual los mortales -dudoso privilegio- llegan antes que los celestes.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, cuyo pensamiento supone la culminación de la metafísica occidental, fue, no por caso, mucho más sibilino y retorcido, aunque no pudo o no quiso dejar que en sus textos se entrevieran los propios *bajos fondos* latentes en su doctrina, y ello ante todo en la presunta celebración máxima del ideal ilustrado, a saber: en la consecución de una *Enciclopedia* universal de las ciencias filosóficas (las cuales, a su vez, deberían nacimiento, condición y aporte de materiales a las ciencias experimentales y matemáticas): una suerte de Sistema autopoiético en el que el Sujeto se reconoce a sí mismo *alentando*, transfigurado, enel Objeto, si y sólo si éste se halla permeado de antemano por categorías lógicas que *sujetan* a su vez al sujeto en un casi perfecto bucle de retroalimentación: bucle que, en su autorreconocimiento retroproyectivo, es denominado por Hegel «idea». De ello se sigue, entonces, que: «todo lo efectivamente real solamente es en la medida en que tenga en sí la idea, y la exprese. El objeto, el mundo objetivo y [el] subjetivo, no deben ser meramente congruentes con la idea, sino que ellos mismos son la congruencia del concepto y de la realidad; la realidad que no corresponde al concepto es mera aparición, lo subjetivo, contingente, arbitrario, algo que no es la verdad.»[[1]](#footnote-1)

Si esto es así, entonces habrá que reconocer que la tan cantada *idealidad:* la *realidad efectiva* verdadera y libre (incluso, ab-suelta de su naturaleza de origen): lo Absoluto, en suma, sólo existe *adjetivado*, o sea según se va *mostrando* en las coyunturas y diferencias *lógicas*, sosteniendo y desbaratando los estratos y combinaciones *naturales*, dirigiendo la evolución del Espíritu desde su propio trasfondo, y asimilando a redrotiempo las propias producciones de éste. Por decirlo castizamente: en Hegel *no hay más cera que la que arde, excipe: nisi ignis ipse.*

Y es que, en el fondo, la liberación ilustrada es una *condena*: la condena de la *Modernidad* (del adverbio de tiempo: *modo*, «hasta ahora, pero ya no»), la cual obliga al individuo de por vida a no estar jamás satisfecho ni con lo que él, en ese momento, es, ni con el mundo que por entonces va siendo como puede, y como le deja la técnica humana. No en vano, la divisa vital de Immanuel Kant, el príncipe de los ilustrados, reza así: *Nil actum reputans, si quid superesset agendum*. Y siempre quedará algo por hacer: de eso se encarga el tiempo. O mejor: ese “quedar algo por hacer” y por pensar: esa incongruencia entre el concepto y la realidad es el tiempo mismo.

Según la *creencia* que uno tiene de Hegel (y*,* quizás, de acuerdo a la *querencia* del propio filósofo), el mundo sería entonces algo así como una *pantalla* sin trasfondo ni afuera, porque, al estar ensimismado en sus propias diferencias*,* es el Concepto lo que se trasluce en el fulgor y también en la palidez y hasta difuminado de las figuras que en aquella pantalla se traban y armonizan, en una especie de brillante *Danza de la Muerte.*

Por eso, al cabo de la calle lógica (anunciada lapidariamente al final de la *Fenomenología del espíritu*), todo está ya manifiesto; todo, revelado: *Offenbarung der Tiefe.[[2]](#footnote-2) Consummatum est.* No hay aquí esperanza, ni desesperación, pues que también los ojos que miran a la pantalla están inscritos en la Ley. Cosa en sí y Sujeto no son sino el reverso y el anverso de la única *interfaz*. Para Hegel, al igual que nos advirtiera ya el Estagirita, los hombres corrientes (no el Filósofo) somos incapaces de percibir al pronto lo que es *katà phýsin*,y tomamos en cambio por “real” lo dado, es decir aquello que nos está más cercano: creemos que lo efectivamente real está constituido por las figuras que brillan en la pantalla, sin preguntarnos *desde dónde* y *para quién* brillan, y *por qué* lo hacen: nos fijamos en lo presente y pasamos por alto el hecho de *hacer acto de presencia*.

Esa donación de la presencia sería, a su vez, una *rejilla* (como la *parrilla* de una pantalla de TV): un ensamblaje de congruencia entre la mirada del Espíritu -el acto de ver- y la emergencia de la Idea -el acto de dar a ver-. En el objeto percibido, en el acto ejecutado, *se da* el pliegue. Y pasaría desapercibida la *apercepción* misma si no fuera por un efecto constante –e inquietante- de *anamorfosis*, diríamos: por una distorsión espectral absoluta que nos hace reconocer en cada cosa mirada, en cada acto realizado, una suerte de siniestra rasgadura, algo así como los arañazos en los óleos de Turner, el *grattage* de las visiones oníricas de Max Ernst o, *in crescendo*, los medidos desgarrones de las telas de Lucio Fontana.

Hegel, el pensador insaciable y de anchas tragaderas, creyó poder digerir también esa distorsión: cosas e individuos habrían de ser sacrificados, siendo llevados los más lúcidos al borde de la locura, con tal de que *das Logische* siguiera existiendo; y es que, para que haya una buena digestión, es preciso que los alimentos se descompongan y mezclen en múltiples y al pronto imprevistas combinaciones. Locura, según creía el filósofo, y por *ambas partes*, ya que, de un lado, a los hombres nos encandilan las cosas del mundo, tan *brillantes* y *hermosas* (sin parar mientes en que esa *formositas* se debe a su *forma*); del otro, en cambio, el entendimiento *analítico* reduce a mera *fantasmagoría*, a simple *nadería* toda esa exposición, atento como está exclusivamente a las producciones *formales* de su conciencia. De un lado, pues, la belleza de las cosas intramundanas; del otro, la rigidez y severidad de una lógica formal, *unilateral*, incapaz de comprender que sus operaciones se deben a la dialéctica ínsita en las cosas mismas, y no a la prepotencia de un Yo *au dessus de la mêlée*. En definitiva, tendríamos así un dualismo exacerbado: por una parte, la belleza de la vida (pues que *creemos* que *la vida es bella*, que merece la pena estar vivo); por otra, su muerte, la *dura lex* del entendimiento dizque científico.

Ahora bien, si tanto lo negado por la potencia del entendimiento como la negación misma, la cual *es* el entendimiento, fueran de veras algo “en sí nulo”, ¿a cuento de qué haría falta tanto esfuerzo para derribar lo que de suyo no es sino mera fantasmagoría? ¿De veras se dejan tan fácilmente negar los entes por ese poder, poniendo sus naturalezas y hasta sus entrañas enteramente a disposición del sujeto lógico y técnico (hoy, al fin, *tecno-lógico*), como si no dejaran *resto* alguno tras su transfiguración en bienes, mercancías o hechos humanos (y ello desde las proposiciones matemáticas hasta la erección de los Estados, de las grandes iglesias mundiales o -lo que viene a ser lo mismo- de los mercados financieros supranacionales)?

Y si son de suyo nada, ¿de dónde les viene entonces su fascinación, su poder de seducción y aun de perdición para el individuo que se niega a ser sujeto y, en cambio, se sujeta apasionadamente a esa bella configuración fenoménica? ¿Acaso pudo siquiera librarse el propio Hegel, este pensador capaz de soportar tanta sangre, de caer a veces fascinado –y estremecido- ante esas apariciones? Esa vida del espíritu, que acoge en sí la muerte sólo para dominarla desde dentro, para tener la satisfacción de *bastarse infinitamente* en lo finito, ¿merecería realmente ser vivida?[[3]](#footnote-3) No sentir nada en el *fondo*, no pensar «pensamientos mortales», sólo atenerse a Uno mismo y *serse* uno mismo: ¿para qué? *Cui prodest?*, o más bien: ¿de qué se huye? La tecnología nos deja ver un indicio de ese temor primigenio: *para ser dominada y manipulada,* la materia (vista como) sensible *ha de ser* necesariamente considerada como si no fuera otra cosa que inerte *extensión* por un lado y conocido juego de *fuerzas* por otro, o lo que es lo mismo: como pura dispersión, a duras penas sujetada en virtud de la configuración a que la fuerza el hombre; pero no sin que éste caiga igualmente con ello en la dispersión, en el *divertissement* de su *ser*. Pero es que por otra parte, o sea por las *partes* en que se desmenuzan cosas y proyectos, siempre quedan, siempre *restan restos[[4]](#footnote-4)*, desechos, *excrementos* (no lo que le falta a la idea, sino al contrario: lo que le sobra y debe eliminar ella para ser perfecta, las *sobras* de sí misma).

En la *Filosofía de la naturaleza*, ese *punctum doliens* de la *Enciclopedia,* el propio Hegel fue tan honesto como para reconocer este “fallo” de la idea (y tan sistemático como para olvidarlo al punto)*.* Por un lado, sin la “caída” de la Idea *fuera de sí* como Naturaleza, no hay reconciliación ni “redención” posible. Pero por otro, si la “caída” es *libre* (en todos los sentidos del término: sin “tierra” que recoja al fin el impacto, porque ese caer, esa *cadencia es* justamente la tierra, domesticada como naturaleza), ¿de dónde sacará la idea sus fuerzas -fuerzas de flaqueza- para recuperarse de su propio destino, de su propia *auto-expedición*?

Lo malo es que Hegel sostiene (como no puede por menos, si no quiere escindir su sistema en un dualismo peor que el kantiano) que la naturaleza es: «el *Abfall* de la idea respecto de sí misma».[[5]](#footnote-5) O lo que es lo mismo: que la naturaleza es el *excremento* de la idea. ¡Pero un excremento *total*, porque no hay más ni menos que la esfera de esferas naturaleza-idea-espíritu! Y el espíritu a su vez, será el *incremento* totalde la idea (la ganancia de sí a través de esa pérdida “natural”), o mejor su *concreción*, su vuelta. Sólo que, ¿cómo va a volver *completamente* sobre sí, *sin resto*, si sólo puede hacerlo en y a través del *individuo*, y éste es precisamente el *punto ciego*, el “ojo del huracán” del ser?

Y es que en Hegel sigue dándose la antigua guerra del hombre contra sus propias entrañas, la creencia de que la geometrización y la mensuración del elemento natural, así como la conversión de éste en pulpa susceptible de manipulación, puede salvar a Alguien de la devastación y la muerte justo por alimentarse de ella, aunque no se trate ya desde luego del *ego homuncio*, sino de un pro-puesto *sujeto-objeto* (el *Theós – Moloch*). El astuto filósofo hubiera debido recordar que, en el *Apocalipsis* johánico, el libro que en la boca tiene sabor de miel, quema como hiel las entrañas: consume al ser consumido.

Pues bien, lejos de las banalidades al uso sobre la inutilidad del programa hegeliano, tan pasado de moda, basta una mirada en lo que *hay* para constatar que, al menos en este punto (un punto literalmente *cibernético*, pues que de dominio y de *gobierno* se trata), la *Grundoperation*, la operación fundamentaldel filósofo se ha extendido hoy sobre la entera faz de la tierra. Y con ella ha medrado en igual medida el dolor que, procedente de esa misma tierra, anida y se expande por el cuerpo de los seres vivos. Lo lógico, *das Logische*, o mejor: lo *tecnológico*, menos considerado que el propio Hegel (el cual, al cabo, no habría dejado de sentir cierta *ternura para con las cosas*), se ha incorporado estructuralmente en y como las cosas mismas, hasta convertir el cuerpo del hombre en un *evolucionado proyecto de auto-operabilidad*.

La mente (más allá de la lógica matemática, creadora de *sistemas operativos*) no se limita hoy a descubrir la lógica ínsita en los procesos naturales, sino que los transforma *ad libitum*,hasta el punto de intentar adaptar a ella cosas, hombres y entorno. Ahora, los sistemas de comunicación no interponen meramente un lenguaje común y de siempre activo (lo lógico) entre sujeto (la unidad subjetiva –conceptual- de medida, con sus categorías) y cuerpo (el objeto medido), sino que generan a la vez imágenes de lo «real físico» y de «lo psíquico». Ahora bien, en la tecnología informacional, la raíz única de esa bifurcación no es ya *en y para sí* (como la *Idea* enHegel), sino sólo *en sí* (en terminología escolástica: *virtualiter*, es decir: *virtual*).

Si a la realidad engendrada por los sistemas cibernéticos se le denomina *virtual* (y no en cambio *actual*: *enérgeiâi, actû*), es porque en tales imágenes no se da la *reflexión*, el retorno *con-sabido* a la base operativa. En la hodierna tecno-logía se tiene por el contrario la impresiónde que con ella hemos retornado a un dualismo trascendental, generador de una realidad supraempírica y sin embargo inmanente, en donde la interfaz no sería tanto la lógica cuanto la pantallaque *hace* ver (los fenómenos) y que *deja ver* (al sujeto)*,* pero sólo a costa de ocultarle al usuario (*mutatis mutandis*, al «yo empírico» kantiano) el trasfondo: la *cosa en sí*, ahora -más allá de Fichte- desvelada como *sujeto* de operaciones.

Y es que, si “eso” que llamamos ser viviente es un organismo capaz de ajustar su conducta futura según la performatividad pasada, entonces la cibernética está en condiciones de crear organismos artificiales susceptibles de retroalimentación automática, siendo la vida simplemente una forma compleja de *hardware*, y el mundo en torno algo capaz de ser ventajosamente *simulado* como *virtual reality* o *ciberespacio:* una *consensual hallucination* en la que deseo y realidad se entremezclan. Como si dijéramos, más allá de Hobbes: *Homo homini res mutanda*.

De una forma que habría dejado perplejo a Hegel, ahora sí que lo *en sí* (esto es, lo *virtual*) es *para nosotros*. También aquí se nos ofrece en efecto una suerte de tecnológica *Bildungsroman*, como en la *Fenomenología*: el Filósofo (*mutatis mutandis*, el experto informático; por excelencia, el *dotcom tycoon* Bill Gates) nos guía y dirige pacientemente a “nosotros”, la conciencia vulgar (hoy, los usuarios de Internet), con la promesa de que, al final, Filósofo y lectores (o sea: Informático y usuario) coincidirán en el Saber Absoluto (en nuestro caso: en el *pattern* informático).

Fin de la sociedad de consumo. Inicio de la tendencialmente absoluta *sociedad de servicios*, en la que patrones-clientes intercambian sus *roles*, modificando, mejorando o desechando los otros “patrones”: los *patterns* del *software.* Nada más ilustrativo al respecto que buscar en Google el término *Ontology*,para ver qué lejos tecnológicamente y a la vez cuán cerca *metafísicamente* estamos hoy de las supuestamente superadas concepciones del idealismo alemán. Así, al referirse al *European IST-FP6 project SPICE* (siglas correspondientes al proyecto: *Service Platform for Innovative Communication Environment*, dentro del 6º Programa Marco Europeo *Information Society Technologies*), Claudia Villalonga (Electronics Laboratory – ETH) define así *Ontology*: “un esquema maquinalmente legible (*a machine readable schema*) destinado a compartir conocimientos y al intercambio de información, tanto a través de personas como de servicios/aplicaciones.” Según esto, y en general, la nueva ontología sería un método de generación de marcos para el procesamiento y configuración de información (*modelling frameworks*).

Por eso es digno de ver cómo los nuevos tecnofilósofos (incluyendo en ello *advisers*, *consultants* y *coaches* en general) propagan por doquier la buena nueva, a saber: que, si somos capaces de adaptarnos y adecuarnos en todos los órdenes del pensamiento y la acción a la Red virtual (en Hegel, a la Idea), entonces la libertad individual (entiéndase: la del usuario informatizado) acabará por identificarse con la libertad colectiva, tanto a nivel político como biotecnológico (en Hegel, se trataría en cambio, más bien, de la comunidad o *Gemeinde* religiosa). Sólo que, en el camino hacia la libertad total (o sea, la del Todo, ya que sólo “lo verdadero es el todo”: *das Wahre ist das Ganze*), parece que hemos ido soltando lastre, hasta deshacernos de todas las sobras. Y el problema está en que, en el Todo, lo que está *de sobra* es justamente *todo*. No es que el todo esté para los restos, sino al contrario: son los restos los que están para el todo, los que tienen existencia precaria y efímera en él.

Dicho con toda precisión, y más allá de las triviales críticas sobre que Hegel habría “destruido” el principio lógico de no contradicción, etc., lo que este implacable filósofo dice (y ello es mucho más grave) es que: «*Todas las cosas son en sí mismas contradictorias.*» (*WdL*; *G.W.* 11: 286). Su esencia consiste justamente en esa contradicción: todas ellas están condenadas a perecer, a ingresar en el pasado corroborando así que su presunto ser no es esencialmente sino un *ser-sido*, y que sus haberes no sonsino un *haber-sido*. En eso, todas las cosas, y con ellas nosotros, los espíritus finitos, co-inciden (el término alemán es más explícito: *zusammenfallen*, si coinciden es porque «caen conjuntamente»).

Pero esas cosas, en el fondo: en *su* *fondo* (*mutatis mutandis*, en el *pattern* informático, en el seno de un sistema operativo), bien pueden en cambio ser “salvadas”como “espectros”, en un imprevisto y espectacular retorno de la consigna positivista: *Sozeîn tà phainómena*, «Salvar los fenómenos». Con ello, es la “cosa” misma, la *cosa en sí*, la que desaparece: el Programa no remite ya a ningún *referente*, al contrario: lo crea (tal es el alma misma del *simulacro*). Y la mirada se despega del cuerpo, como si de un ojo solar se tratara, a la vez que la mano queda enfundada en un *data glove*. El cuerpo es, ahora, un *transductor de mensajes codificados.* A eso se le llama “libertad” (libertad de movimientos, de percepciones, de todo cuanto uno *quiera*, con tal de que siga conectado a la máquina, y mientras lo esté).

Lo que promete la realidad virtual no es, según esto, tanto un espiritualismo sin cuerpos (los cuerpos del otro, los cuerpos de lo Otro, de la naturaleza), sino una sublimación hipermimética (¿angélica, diríamos?) de esos mismos cuerpos, reproducibles y modificables en principio *ad libitum*, dentro de una interactividad simulacral. La comunidad virtual queda ahora liberada de los lazos de la localidad espacial, por contigüidad y estrecha vecindad; y al mismo tiempo, lo que irrumpe en las actividades locales no es sino una distancia depurada, presente al instante sin hacer jamás acto de presencia. Toda experiencia se hace mediata y lábil: reversible y modificable.

¿Qué es lo que flota en el espacio líquido de esa experiencia? Imágenes de retazos, momentos congelados, como fuera del tiempo, de un cuerpo vivo, hasta desplazar casi por completo la atención del hombre cualquiera -pero rico de aparatos multimedia-de la visión de la muerte, hasta dejarlo depositado para siempre -en imagen- antes del tránsito, antes del umbral. Inquietantemente, parece que, en esa polimorfa fragmentariedad, siga ejerciendo el cadáver, el *cuerpo presente*, de guía de toda representación. Esta fantasía de una omnipotencia ubicua arroja como resto una impersonal mismidad, apuntalada por divertidas diferencias literalmente *superficiales*, brillando en multitud de pantallas que conversan entre sí.

Todo ello, a fin de cuentas, no parece ser sino una desesperada maniobra, encaminada a ocultar la siniestra latencia de una distorsión irreparable, a saber: la fascinación ante la destrucción ajena… y propia, la posibilidad de la nada activa, la presencia en suma del mal en el universo tecnológico. Aquí no es la muerte, sino el vano empeño por eliminarla *in effigie* lo que resuena sordamente desde la brillantez de la pantalla, como una insidiosa sospecha: la de la insoportabilidad del bien y del orden, establecidos a costa de la capitidisminución del individuo, ahora de sobra, *de trop*, sustituido por la producción en serie de imágenes posthumanas.

Mas si esto es así, si esto es aplicable también a nuestro mundo, se sigue que esa imperfección, esa latencia ominosa y ubicua del Mal impide *ab initio* toda conciliación, e incluso toda *reflexión* plena del Yo sobre el individuo, y a la inversa: de cada hombre sobre la especie humana. Irrisión dolorosa de la promesa de la *Lógica de la esencia* hegeliana: bien puede haber, en efecto, un movimiento de nada (el Yo fichteano, todo él negación, y sólo eso) a nada (el mundo fenoménico, negado por la actividad del Yo), pero de ahí no se sigue en absoluto que, *por este medio,* sea posible llegar a ser sí-mismo. No hay tal.

Y sin embargo…., sin embargo las imágenes sociales distópico-utópicas generadas por la espectacularización de las tecnologías del ciberespacio muestran inexorablemente, crudamente el carácter irreductible del cuerpo humano, ligado al dolor, el sufrimiento y la mortalidad, de modo que, más allá de lo edulcorado del mensaje, son precisamente la *solidaridad* entre extraños y la *condolencia* ante lo insoportable (no la compasión, que implica una relación jerárquica, vertical) los rasgos que, en las mismas producciones que exaltan la realidad virtual, vienen presentados una y otra vez como típica y exclusivamente humanos. Esos rasgos están anclados al cuerpo, y se manifiestan en él y por él. Bien podrán las lágrimas de Roy Batty, el androide rebelde, disolverse en la lluvia, que las palabras mismas, escritas y transmitidas electrónicamente *urbi et orbe* (en inglés, *of course*), prevalecerán largamente contra toda destrucción(pínchese cualquier página *web* dedicada a *Blade Runner* para comprobarlo).

Así que, paradójicamente, la conciencia de la propia muerte y sobre todo la condolencia ante la muerte ajena, precisamente por ser ajena, dejan ver *de otro modo*,a pesar de toda la parafernalia tecnológica, el *Sein zum Tode*, el «estar a la muerte» heideggeriano. Por ello, en el universo tecnológico, precisamente allí donde crece el peligro bien puede brotar lo salvífico, a saber: la conciencia de ser, en definitiva, *animal de tierra y de fondo*, desvelándose así la inalienable corporalidad del hombre en cuanto *Ser-en-el-mundo.* Hay en el hombre algo tercamente indisoluble, algo recalcitrante y obstinado: algo que no se deshace como las lágrimas en la lluvia.

Llamo a ese algo: «tierra». La tierra nos seduce (como sedujo a Hegel, el frío y sobrio pensador del *frenesí* de la naturaleza y del *matadero* de la historia) precisamente como lo *esquivo*, incontrolable e indisponible. La tierra no se derrama, insensata, fuera de sí, como pensara (consoladoramente) Hegel que hacía la naturaleza, creyendo preferible la locura a la aniquilación. No: la tierra se *desfonda*. Y nosotros, los mortales, nos desfondamos con ella. Porque la muerte es el espectro (la aparición del espíritu y el espíritu de toda aparición) de la tierra: Y es que: «La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Éstos conmueven por su condición de fantasmas: cada acto que ejecutan puede ser último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso.»[[6]](#footnote-6)

1. *Wissenschaft der Logik (= WdL). Die subjektive Logik*, en: *Gesammelte Werke*, Meiner, Hamburg 1981; 12: 174 (en lo que sigue se citará directamente en el texto). [↑](#footnote-ref-1)
2. *Phänomenologie des Geistes*, en *Gesammelte Werke*; 9: 433. [↑](#footnote-ref-2)
3. Adviértase que ahora se plantea la pregunta -muy niezscheanamente, si queremos- en términos del sentido y valor de la existencia, y no simplemente desde un punto de vista lógico. [↑](#footnote-ref-3)
4. Un resto no es simplemente lo que queda tras una manipulación (teórica o práctica), sino lo que *activamente se sustrae* de esa operación y, con ello, la *pone en evidencia* (tal la *Versagung des Grundes,* de Heidegger). [↑](#footnote-ref-4)
5. *Enz.* § 248, *Anm*.; *W*. 9, 28.- *Abfall* es «caída» (literalmente: caída procedente de...), y por tanto (especialmente en plural): «desecho». *Fall* es la acción y el efecto de «caer»: caída, pecado y *caso*, por tanto. La Idea, literalmente, *decae* en sus derechos (lógicos), *cayendo* así *de sí misma (y por sí misma)* como Naturaleza. [↑](#footnote-ref-5)
6. Jorge Luis Borges, *El Inmortal*. En *El Aleph*. *Obras Completas ( = O.C.)*, Emecé, Buenos Aires 1989;I, 542. [↑](#footnote-ref-6)